

Por los países nórdicos:

Finlandia

Ricardo Pattee

En un artículo anterior, primero en esta serie de viñetas —porque de ser una serie de viñetas apenas pasa— dije algo de Islandia y Dinamarca, con intención de mostrar las profundas diferencias que revelan países ligados por una común tradición, una formación paralela y un origen que se confunde en la misma tenebrosidad escandinava pre-histórica. Esta vez quisiera tratar de Finlandia, país que se clasifica como escandinavo por cortesía y por obra de su geografía, pero que es, en realidad, un mundo independiente; un cuerpo único en la pequeña constelación nórdica.

Lo más extraordinario de Finlandia son, indudablemente, los finlandeses. Constituyen un pequeño núcleo de cuatro millones de habitantes en un territorio que se halla situado entre el mundo eslavo y el germánico, posición, a no dudarlo, hartamente incómoda. Desde la aparición de los finlandeses en la región de lagos y bosques que es su *habitat* actual, su historia se ha distinguido por una lucha tenaz, sostenida y sin desfallecimiento contra la presión venida de los dos lados. La rusa ha sido siempre agresiva, arrogante y absorbente. La alemana, más sutil a veces y con un cariz cultural más risueño, no ha sido menos peligro para la nacionalidad finlandesa. ¿Quiénes son estos tercetos que rehúsan desde hace mil o mil quinientos años doblegarse a las exigencias perentorias de las dos inmensas culturas circundantes? Sus orígenes son difíciles de fijar. Se les supone oriundos de la región del Volga o de los Urales, venidos a lo que es Finlandia en la actualidad hace muchos siglos. Lo cierto es que su formación étnica y sobre todo su lengua les separa netamente de todos los demás pueblos del norte de Europa.

Durante mucho tiempo sufrieron la preponderancia, entonces irresistible, de Suecia. Durante la grandeza de ésta, Finlandia fué simple provincia política y culturalmente hablando. El sueco se hizo la lengua de cultura y de refinamiento y el finlandés fué arrinconado, como vil ins-

trumento de los campesinos. Luego la dominación rusa, menos rígida de lo que generalmente se supone, le permitió desarrollar una cierta autonomía espiritual. Finalmente después de la Revolución de Octubre de 1917 y la desaparición del régimen zarista, Finlandia logró su independencia completa. Durante el siglo presente como en el pasado, la vida nacional finlandesa ha sido precaria y dura.

La independencia no podía significarle tranquilidad ni sosiego pues el vaivén de la política internacional había modificado su estado con demasiada frecuencia. Diplomáticamente hablando, Finlandia se encontraba en una posición imposible, entre el mesianismo revolucionario de la Unión Soviética de un lado, la rigurosa neutralidad sueca de otro y sobre el tercer frente, el expansionismo germánico de tiempos del Reich de Adolfo Hitler. Un pueblo minúsculo, dotado de modestos recursos naturales y aislados del mundo occidental, no podía aspirar a más que una consideración muy limitada por su integridad y su dignidad. Los finlandeses vivieron los días más amargos de su dramática historia después de 1939. La Guerra de Invierno como se llama en Finlandia fué una explosión de patriotismo, de ardor guerrero, de total entrega a la tarea de la defensa nacional. El mundo occidental quedó conmovido ante el espectáculo de la heroica Finlandia que se defendía tesoneramente contra los embates del gigante soviético. Durante largas semanas, las tropas finlandesas, montadas sobre sus esquíes, dieron un ejemplo al mundo de desesperado sacrificio en una causa perdida antes de que hubiese comenzado.

La derrota fué decisiva y con los acontecimientos de 1941 Finlandia se vió nuevamente envuelta en la guerra contra la Unión Soviética y esta vez como aliada de Alemania. Se había abierto el capítulo más trágico de su experiencia. El mundo la juzgó con la parcial severidad que es la característica de los tiempos de guerra. Los Estados Unidos le declararon la guerra y Finlandia tuvo que vivir hasta el final esta terrible ambigüedad de ser enemigo del comunismo sin ser amigo del nazismo. La paz de 1944 le privó de inmensos territorios: la Carelia que constituía una de sus regiones más apreciables; la zona de Petsamo en el extremo norte donde yacía la mayor parte de su riqueza mineral y una serie de bases navales y militares que todavía se hallan en manos de las autoridades soviéticas. En la Carelia la URSS permitió que la población optase entre la soberanía comunista y la finlandesa. La casi totalidad de los pobladores prefirieron Finlandia y un doloroso éxodo se produjo de 500,000 personas que fueron arrojadas sobre el territorio nacional desmembrado, obligando al Estado finlandés a similarlos y darles los medios de vivir.

La primera impresión de Finlandia a mediados del siglo es la calma, con que sus ciudadanos persiguen su tarea de reconstrucción sin la menor inquietud aparente por la reacción del terrible vecino al este. No se habla de la Unión Soviética y hay menos histerismo en Helsinki respecto a las intenciones futuras del gobierno soviético que en cualquier parte de América. Recomendaría a los que sufren de una nerviosidad provocada por la tensión prolongada de la guerra fría, de pasar un mes en Helsinki. A la sombra del gigante, expuesto a su agresión en cualquier momento, nadie en Finlandia consiente en honrar a los dirigentes soviéticos, temblando ante cada manifestación de su política. Prevalece un sentimiento de profundo desprecio, de olímpico desdén por los bárbaros al otro

lado de la frontera. Hay que guardar las formas, desde luego, pues la presencia soviética se manifiesta sutilmente. Desde el faro de Tallinn en Estonia que el viajero contempla al entrar en la bahía de Helsinki, hasta las fuerzas armadas soviéticas en Porkkhala, cerca de Helsinki, la influencia de la URSS se ejerce en una forma tangible. La prensa finlandesa se expresa con suma discreción y en un tono de superficial amistad a la URSS. Las críticas se introducen generalmente de manera solapada, atribuyéndose a fuentes independientes de Finlandia y no como cosa suya. El país no puede de manera alguna desarrollar sus relaciones con el oeste, y en materia económica la URSS ha intensificado en estos últimos años su presión.

Finlandia es un país libre todavía. Su cultura se desarrolla sin las influencias de una rusificación intolerante. Su vida nacional política no sufre intervenciones intempestivas por parte de Moscú. Pero en la esfera económica Finlandia está pasando por una etapa de lenta y progresiva estrangulación. Su comercio con la URSS ha aumentado notablemente a la medida que con el Occidente ha disminuído. La base de la política comercial soviética es el estímulo artificial de la producción, seguida por la disminución violenta de la importación y consumo. Finlandia, por las condiciones del tratado de paz, fué obligada a montar una industria capaz de responder a las necesidades de Rusia. Después de cumplir con las tremendas reparaciones, la nación se encuentra con una industria para cuyos productos no existe un mercado normal. Si Rusia acepta aumentar las importaciones de ciertos productos finlandeses, el país conoce un período de alivio; si al contrario, la URSS rehusa tomar productos finlandeses, éste cae en el marasmo de la depresión, del desempleo y la miseria. Los soviéticos emplean esta política flexible como instrumento político, pues con cada ola de desempleo y de inseguridad social, el avance del comunismo en Finlandia se hace más patente. Por lo tanto, no se trata por lo visto de una implantación del marxismo como en Checoslovaquia, ni la brutal imposición como en Polonia. Se trata de una presión sutil, constante, adaptada a las circunstancias que paulatinamente reducirá a Finlandia al status de un país satélite.

Hoy por hoy Finlandia da la impresión de un país próspero. Todo el mundo vive relativamente bien. Hay una reconstrucción en todas partes desde las barriadas de Helsinki bombardeadas durante el conflicto hasta los pueblos y aldeas del interior totalmente destruídos durante la guerra. La energía y la fe de los finlandeses en su propio porvenir es nada menos que admirable.

Su vida intelectual y artística continúa desarrollándose a un ritmo acelerado. Las librerías de las ciudades finlandesas son tan notables como las de Islandia. En Helsinki, en un establecimiento que se llama Stockmanns existe la Librería Académica, probablemente la mayor del mundo, pues ocupa dos o tres pisos de un inmenso edificio y allí se encuentra en miles de volúmenes obras amenas y especializadas de una docena de literaturas. Encontré en Helsinki una de las mejores selecciones de libros españoles e hispanoamericanos que he visto en Europa. La parte francesa es muy completa y la rusa, desde luego, representativa. En pueblos pequeños del interior como Oulu o Kuopio la sorpresa del viajero no conoce límites cuando se da cuenta de que hay librerías que honrarían a cualquier gran capital.

El finladés no es expresivo ni exterioriza fácilmente sus sentimientos. Al contrario, da una impresión de austeridad, de mutismo, de silencioso meditar. La rudeza de su vida, los rigores de su clima y la experiencia de tantos siglos de lucha por la sobrevivencia le han dado un carácter que es admirable colectivamente hablando, no lo es particularmente en el caso individual.

El nacionalismo finlandés es intenso. El progreso de la lengua nacional ha sido tal que actualmente solamente el 8 por ciento de la población continúa hablando sueco. El finlandés se ha impuesto desde la obra del Profesor Lennröt en el siglo XIX, con la selección y publicación de las poesías populares que constituyen la *Kalevala*, y que dió a los finlandeses plena conciencia de su pasado y de las riquezas insospechadas de su folclore y tradiciones. País luterano en su casi totalidad, el catolicismo, por cierto encuentra el camino del regreso bastante árduo. Hay 2,000 católicos en toda la extensión de su territorio; presencia tímida si se quiere, pero que se afirma valerosamente, consciente de que todo avance entre los finlandeses ha de traer a la Iglesia un contingente humano dotado de una manera suprema para la lucha contra el mal representado por el marxismo.



ECA

Estudios Centroamericanos

Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de Centro América.

DIRECTOR: Francisco Peccorini Letona, S. J.

REDACTORES: Rafael Burgos, S. J.—Alfonso M^a Landarech, S. J.—Gustavo Oliva, S. J.—Ladislao Segura, S. J.

ADMINISTRADOR: Bernardo Melero, S. J.

Dirección y Administración: Seminario Central "San José de la Montaña".
Apartado 78 — Teléfono 5769. San Salvador,
EL Salvador, C. A.

NOTA: Los canjes y correspondencias remítanse al Apartado 78.